

## **La tragedia de Miércoles Santo en Santa Teresa. Un triste balance: 49 muertos y más de 100 heridos**

*Elite*, 1952-04-19.

Madrugada de Miércoles Santo en Santa Teresa. Las puertas del templo están cerradas, pero a las dos, dentro de muy breves minutos, serán abiertas para dar paso al gran número de fieles que se ha reunido para cumplir una promesa al Nazareno de San Pablo o rendir espontáneo homenaje a este Cristo milagroso de la túnica morada que carga una Cruz agobiante, la cruz de nuestros propios pecados. Hay pequeñas aglomeraciones en torno a los puestitos de velas, yerbas o imágenes esparcidos en la plazoleta. Sobre cajones volteados se ha establecido un pequeño comercio que constituye parte de la tradición. El fluir de fieles es constante. Figuras ateridas por el frío, envueltas en chales negros, arrastrando una diminuta figura infantil; ancianos de paso lento y ojos vivos fijos en el portón de la iglesia desde que voltearan la última esquina; jóvenes de ojos hinchados por el reciente esfuerzo de vencer el sueño; madres con su hijo dormido en brazos, pequeños nazarenos inocentes vestidos de morado que son como un hilo tenue unido a la tradición; pilluelos que han abandonado su triste refugio bajo el puente, espabilados y cómodos dentro de sus pobres ropas; señores atildados acompañados de sus esposas; familias enteras en grupo estrecho para no extraviarse, todos vienen desembocando frente a Santa Teresa unidos por el mismo llamado de la fe preciosa del que necesita consuelo. Unos traen su velita en la mano; otros se apresuran a comprarla en la bulliciosa plazoleta o en los puestos establecidos en todo el derredor del templo, que aún sigue cerrado.

Se ha producido una pequeña aglomeración. Antes de que la puerta central fuera abierta del todo, los apostados impacientemente en el quicio están dentro dando la voz a los amigos que quedan fuera. Las luces del interior del templo parecen ejercer una atracción misteriosa. La multitud emboca como el agua una compuerta abierta. Y poco después la plazoleta está vacía. Quedan regados papeles, como restos de una merienda en el campo, y esparcidos, los cajones de mercancía escoltados por sus dueños. Continuarán llegando los fieles ordenadamente, comprarán su velita en el puesto, y la iglesia de Santa Teresa se irá llenando poco a poco hasta los topes, hasta que no haya lugar para uno más; pero seguirá entrando más gentes, y como un símbolo del amor nazareno, nadie quedará fuera...

El templo está completamente lleno. Lleno de fieles y velitas encendidas. Sostenidos por la fe, los ojos fijos en el altar cladrifásico, donde se está celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, hombres y mujeres de todas las edades y condiciones, y niños de muy corta edad, sostienen en sus manos el símbolo de su encendida fe; una velita blanca. Es un mar de luces movedizas y humeantes que van ardiendo al soplo lento y monótono de las oraciones. El Padre Carrillo habla desde el púlpito encendiendo otras luces de verdad al entendimiento de los fieles.

Algunos regresan ya a sus hogares después de la ofrenda de su devoción; otros llegan ahora a rendir su homenaje al Nazareno. Como todos los años, no cesará hasta bien entrada la noche ese flujo y reflujo silencioso de fieles. Las visitas a los monumentos instalados a lo largo de las naves se hace difícil. Los que oran frente al Nazareno, la Dolorosa o la Virgen de Coromoto, se pierden todos en el mismo grupo compacto de los que siguen la Santa Misa. Moverse de un lugar a otro para prender una vela prometida se hace cada vez más difícil. Además, la capacidad de Santa Teresa ha quedado reducida este año. La nave lateral derecha ha sido clausurada por normas de seguridad. La puerta que da acceso a esa nave está cerrada. El movimiento de entrada y salida se realiza con mayor dificultad.

La rumorosa muchedumbre se apretuja cada vez más. Ese rumor de plegarias y conversaciones en voz baja, movimiento de bancos, toses y lloriqueos de los niños ha aumentado de pronto. Y se agiganta como si hubiera entrado en el templo un millar de botas claveteadas en tropel. Surgen de pronto voces angustiadas, gritos desesperados que es difícil identificar en el momento. Las velas se doblan; algunas se apagan, y la ofrenda sufre los pisotones del pánico. Otras queman una mano o prenden un velo: "¡Fuego!".

El Padre Carrillo reclama serenidad, pero no le escuchan. Muchos confundirían su llamado con otras voces de terror y de angustia. La asociación de ideas se precipita y acelera en momentos de gran tensión nerviosa. Nadie recordará lo que gritó o lo que oyó gritar en estos momentos de terrible confusión. Salen de su subconsciente en tropel, pero con sorprendente nitidez, escenas de derrumbe, de incendio, de catástrofe. Salen como entre escombros recuerdos del accidente reciente de aviación, de las conjeturas en torno al posible derrumbe del templo de Santa Teresa, el reciente hundimiento de la cúpula de San Carlos, El Tocuyo... Y la enorme presión que se ejerce por todos lados, entre gritos ayes y lamentos, enciende la trágica luz rayana en la locura. La locura debe ser eso, ese momento que vivieron los fieles de Santa Teresa, ese completo abandono de la reflexión, ese apagar brusco de la luz de la razón, para encender otro de reflejos demoníacos... Y con él un egoísmo animal. En esos momentos terribles se despierta el instinto de conservación con fuerza enorme. Habría, sin embargo, seres que pensaron en aquellos momentos terribles más en los demás: las madres. Los gritos del hijo se le clavarían en el corazón y defendería su precioso Nazareno de aquel incontenible alud de seres humanos que creían llegado el último momento de su vida. Oponiéndose a este terrible oleaje humano que no tenía otro objetivo que el claro de luz tenue de amanecer de la puerta, otra ola que pugna por entrar en el templo, queriendo averiguar la razón de aquel terrible tumulto. Al pie de ese choque brutal van quedando los más débiles, sujetos a una ley implacable cuando ha desaparecido el sentimiento de la caridad y la razón. Bajo miles de pies que pisan con fuerza que sólo da la locura, quedaban asfixiados, con los cráneos rotos, los pechos hundidos, guiñapos humanos que rinden el último suspiro en holocausto inútil, al pie mismo del Nazareno, que dió su vida para salvar a toda la humanidad... Los miles de ojos momentos antes llenos de serenidad que da la fe, un poco bajos por ese reflejo que nace del gesto humilde de la ofrenda, se agrandan por el terror y quedan fijos en el punto estrecho de una sola salida. Miles de pies se mueven impacientes, pero con lentitud, entre obstáculos casi insalvables, queriendo cubrir la distancia cubierta ya con

la vista. La policía rompe precipitadamente las panelas de la puerta lateral derecha. Y racimos de personas, alocadas salen disparadas del templo, llenando de sollozos, gritos y heridos la plazoleta...

El precio de este pánico colectivo ha sido horrible. El templo y los alrededores han quedado sembrados de cuerpecitos sin vida envueltos en sus túnicas moradas de nazareno; hombres, señoras, ancianas han quedado tendidas en sacrificio inútil en aquel escenario de paz, a los pies mismo del Nazareno.

Se movilizan inmediatamente los medios de socorro. Los heridos reciben una asistencia inmediata. Los muertos han sido trasladados a sus respectivos hogares o al Hospital Vargas. Muchos niñitos han perdido a sus padres y lloran desconsoladamente en un rincón del templo o los buscan al azar fuera de la iglesia. Casi dos días después quedarían aún en las oficinas de Investigación Social, adjunto a la Comandancia de Policía, siete menores que esperaban en vano a sus padres, muertos en la tragedia.

Se han recogido en un heterogéneo montón de piezas de calzado, peinetas, dentaduras postizas. Piezas de calzado viejos por el uso, que bajarían muchas veces cerro abajo para oír Misa o hacer una visita al Nazareno, yacen aquí junto a otros zapatos nuevos y bien cuidados, como imagen de cementerio. Algunos se quedarían sin dueño en el momento mismo del estreno ilusionado de la Semana Mayor...

Venezuela entera recibe otra vez en tan poco tiempo la sacudida brutal de otro terrible dolor. El tétrico balance arroja 49 muertos y más de un centenar de heridos. Tres días de duelo nacional. El luto de los corazones durará mucho más. Para esos pobres huérfanos que aún no se han dado cuenta de la terrible tragedia, durará toda la vida.

### **Las causas de la tragedia**

Todo el mundo hace conjeturas en torno al origen de la tragedia. El Padre Carrillo atribuye al hecho un propósito criminal: "Se oyó un grito, un grito lanzado con propósitos criminales: "¡Incendio!" A su juicio, el grito salió de un lugar de la nave izquierda del templo. No hubo, sin embargo, ningún incendio. Pero es difícil averiguar cuándo se produjo el primer chispazo de pánico. Ese grito de: "¡Incendio!", bien pudo ser una primera consecuencia, en cuanto algunas de las velas amenazó prender algún velo o una ropa cualquiera. Un oficial que estaba de facción en el templo, opina que el origen fué el desfallecimiento de una señora, en cuyo momento su marido pidió auxilio. El origen es, desde luego, muy difícil de localizar. Todo se produce en estas circunstancias con tanta celeridad, el sentimiento de pánico se expande con tanta rapidez, que el recuerdo ordena muy difícilmente los hechos, y con la muy fácilmente. Si el ánimo está pendiente de un hecho, se perciben mejor los detalles y se retienen en una escala de valores más o menos real; pero la sorpresa confunde el ánimo. Es curioso notar que en cualquier circunstancia de hechos fortuitos casi ninguno de los testigos presenciales suele explicar los hechos en la misma forma ni valora los hechos significativos de igual manera.

Las diferentes versiones dadas por testigos presenciales en este mismo caso reproduce claramente este fenómeno. Mientras no se obtiene una prueba fundamentada

de las que han venido aduciéndose en favor de la tesis que explica el hecho como un acto intencionado, no existe nada más verosímil que atribuir el origen de la terrible tragedia a un hecho fortuito.

Primero se atribuyó el propósito criminal a la intención de realizar un robo organizado. Esto que parecía verosímil porque se aducía en favor de la tesis-versión de que habían desaparecido joyas de valor y muchas carteras de fieles, se ha descartado puesto que todo ha sido devuelto. El celo de los fieles que quisieron salvaguardar de un posible pillaje diversas prendas y joyas del lugar a esta primera y precipitada versión. Este mismo hecho obliga a las autoridades responsables a actuar con más cautela al dictaminar sobre el hecho. Hechos que parecían completamente probados han tenido un origen distinto al que se suponía.

De todas las declaraciones dadas en torno al origen y el curso de la terrible tragedia de Santa Teresa, la de más responsabilidad, la de más importancia, es la que corresponde al Párroco, Padre Carrillo. Este respetado sacerdote fué, por diversas razones, un testigo de excepción. Porque hace ya doce años que viene organizando estas mismas funciones religiosas; porque desde el púlpito, donde se encontraba cuando se inició el movimiento de pánico, abarcaba un amplio espacio del templo; porque desde este lugar de excepción tuvo ocasión de seguir él, conocedor de la psicología de masas en lugares sagrados, los movimientos de la muchedumbre, y podía medir mejor el alcance de las influencias de un grito en circunstancias parecidas. Pero aún para él tiene que ser difícil ordenar los hechos y conocer la razón por la que se ha podido dar el primer grito o la primera voz de alarma. Para acusar en tales casos se requieren pruebas que no será posible obtener si no se apresa al culpable. El Padre Carrillo ha dado, culminando una serie de declaraciones hechas a la prensa en el curso inquieto de los primeros azarosos momentos, una declaración escrita en la que analiza las razones por las que acusa formalmente a individuos que premeditadamente crearon el pánico homicida. Y he aquí lo más importante de su declaración que abona su juicio:

*1) Que durante los doce años que venía organizando la Solemnidad del nazareno había tomado las medidas de seguridad y orden necesarios, y que "nunca había presenciado el menor atisbo de desorden el día del Nazareno".*

*2) Que después de las precauciones ordinarias abrió la iglesia a las dos de la madrugada. Que todo se desarrolló normalmente hasta las 4,45. A esa hora, aproximadamente, "comencé a notar un rumor extraordinario e inexplicable para mí, pues no veía nada que lo pudiera motivar". Que el rumor se convirtió en pánico "a impulso de una alarma propagada a la vez desde diversos sitios de la iglesia". Que fueron inútiles todos los esfuerzos que realizó desde el micrófono para apaciguar los ánimos.*

Después de esta relación de hechos viene su opinión:

*a) En el primer momento pensé que se trataba de una falsa alarma. Pasada la tragedia, sospeché que había sido provocada. "Lamentablemente –dice en su declaración–, los numerosos datos que me fueron llegando convirtieron mi sospecha en seguridad. Por eso, no dudé en calificar desde ese momento la tragedia como consecuencia de un atentado criminal terrorista y sin precedentes en la historia de Venezuela".*

*b) "Entre los datos que poseo y que corroboran esta afirmación, citaré los siguientes: Los gritos que provocaron el pánico partieron simultáneamente de diversos sitios de la*

*iglesia, distintos entre sí. Desde algunos de estos sitios no se podía ver el Altar Mayor y se gritaba, sin embargo, que se estaba quemando dicho altar. Nada ocurría en la iglesia, y, sin embargo, se hacía creer que había terremoto. No se registró ningún desplome –ni siquiera la caída de un pañete o estuco– y se vociferaba, sin embargo, que el templo se estaba cayendo. Era una manera premeditada de explotar la disposición de ánimo creada, desde hace un año, en cierto público, por los deterioros que la Avenida Bolívar ha causado al Templo de Santa Teresa. Hay testimonios fidedignos de que algunos sujetos en el momento de la tragedia trataron de cerrar los cancelos del templo y empujaron a la gente hacia el interior, asegurando que no pasaba nada. Desmiento categóricamente que el robo haya sido el móvil. Los candados y alcancías han quedado intactos. Las joyas de la Virgen de Coromoto fueron religiosamente restituidas. Desmiento, igualmente que haya habido incendio. Un misterioso petardo estalló en el Callejón de Santa Teresa pocos segundos antes del pánico. Hay otros datos que dan a conocer la premeditación del atentado. Por ejemplo: en el terminal de los autobuses de El Silencio media hora antes de los sucesos se trataba de atemorizar a la gente afirmándose que Santa Teresa "se había caído", "se había incendiado". Más terroristas resultaron aún las noticias propagadas por cierta radio al parecer clandestina".*

Esto es lo más importante del comunicado del Padre Carrillo. Lo que más nos importa aquí es la segunda parte, su opinión, las razones que aduce el Padre para emitir su juicio. Porque la primera apenas deja ver una intención acusatoria, a excepción de la observación de que *la alarma se propagaba a la vez de diversos lugares de la iglesia*. Y esta es una apreciación que está sujeta a las leyes mismas inexplicables como cunden los rumores y se transmiten las sensaciones de peligro en las aglomeraciones. Esto permite decir que de la observación directa no se puede derivar ninguna luz definitiva acerca de los orígenes del suceso. El mismo Padre dice claramente que en el primer momento pensó que se trataba de una reacción de pánico provocada por una simple falsa alarma. Sólo después de pasada la tragedia y analizando los hechos pudo llegar a la conclusión de que había sido provocada intencionalmente.

De la segunda parte, esos datos que conducen al Padre Carrillo a la certidumbre de que todo fué premeditado pueden igualmente llegar a la conclusión de que todo aconteció fortuitamente. Lo más importante en este caso es el punto de partida, la intención o la idea preconcebida con que se juzguen los datos obtenidos.

Ante la falta absoluta de otras pruebas en contrario y guiándome por la que me parece más verosímil, he querido dar primero el relato tal cual podía haber ocurrido, sin ninguna premeditación. Y después ocuparme de los puntos del Padre Carrillo. Y vistos de esta manera conducen a una conclusión distinta a la del señor Párroco. Si, al contrario, suponiendo de antemano un hecho delictivo se analizan los mismos puntos, las consecuencias resultan opuestas. Este es, a mi juicio, el punto principal en discordia entre los que sostienen una y otra versión.

A mi juicio, es más humano y más justo, puesto que se sigue hablando siempre en hipótesis, partir del supuesto de que todo sucedió fortuitamente y estudiar las supuestas pruebas en lo que tienen de valor real.

Hecha esta aclaración, se pueden reconsiderar los puntos más importantes de lo que ha originado la acusación del Padre Carrillo.

Desde algunos de los sitios de donde surgieron los gritos de alarma no se podía ver el Altar Mayor, y sin embargo, se gritaba que se estaba quemando, dice el Padre. Los movimientos de pánico en las multitudes, más que por lo que ven, se guían por lo que oyen, presienten o se imaginan. Este hecho no puede aducirse como una prueba, sin riesgo grave de equivocarse. Así pudieron oírse los gritos de "¡Terremoto! ¡terremoto!", de acuerdo con el particular miedo psíquico y temperamental de las personas y sus recuerdos.

Es muy importante el punto de que algunos individuos no identificados trataron de cerrar las puertas. El Padre Carrillo, desde el púlpito, no observó nada irregular en este aspecto. Desconozco si las puertas son visibles desde allí. Pero según las medidas adoptadas, había apostados numerosos policías, miembros de Acción Católica y empleados del Templo en lugares estratégicos. Indudablemente que los habría colocados en las puertas. Es poco probable que mal intencionados pudieran llegar a cerrarlas sin que ninguno de ellos se diera cuenta. La policía no ha hecho ninguna observación a este respecto. De los testimonios recogidos de este supuesto hecho por la prensa no coinciden dos en señalar el color de la ropa que vestían estos elementos. Es más probable que los mismos individuos responsables trataran de detener a la gente, sin prever las consecuencias, con la buena intención de tranquilizar a la gente y evitar aquella loca carrera. Después de las terribles consecuencias no se habrán atrevido a confesar este gesto bien intencionado. Esta es también una hipótesis, pero vale tanto como la otra, y me parece más verosímil.

Dice el Padre Carrillo que estalló un misterioso petardo en el callejón pocos segundos antes del pánico. Es curioso que nadie anteriormente lo mencionara, y que la policía apostada dentro y en las puertas, no diera ninguna señal de alarma. Alguien con los nervios muy tensos pudo después de lo sucedido creer que lo que escuchó momentos antes fué el estallido de un petardo. Yo estaba a las cinco y media en Santa Teresa; a nadie oí hablar de este hecho. Entre las descabelladas suposiciones que se comentaban no figuró ésta que, sin embargo, escandalosa y fácil de recoger. Ni la mencionó en sus primeras declaraciones. Alguien de muy buena fe, seguramente, iría a facilitar esta otra pista, pero no parece cierto mientras no haya otra prueba mejor.

Tampoco el hecho de que en el terminal de autobuses del Silencio se comentara media hora antes de los sucesos un supuesto derrumbe en el templo en Santa Teresa tiene valor. Como tampoco se debe atribuir intención malsana de criminal al hecho de que el Jueves o Viernes Santo corriera rumor insistente de que en Los Teques se despeñó un autobús y hubo 42 muertos. Ese y mil otros rumores corren en estas ocasiones sin el menor fundamento. Se me puede decir que coincidió con la catástrofe. En parecidas oportunidades se constatan curiosas coincidencias; igual que en las grandes catástrofes salen a relucir hechos sorprendentes y fortuitos por los que algunos, por presentimiento, se salvaron por casualidad, y otros perecieron por circunstancias parecidas. Hay que tener en cuenta para valorar este dato que existe el tradicional temor de que en Semana Mayor ocurren desgracias, que se habló insistentemente del peligroso estado del templo de Santa Teresa, y que todo esto sucedía, pocos días después de la terrible tragedia de aviación que conmovió toda Venezuela.

Mientras no haya pruebas en contrario, y con todo el respeto que debo al Padre Carrillo, yo seguiré creyendo que no hubo intención criminal en el desgraciado accidente de Santa Teresa. Y tengo que decirlo, porque ese es el deber del periodista. Lo contrario supondría alentar la explicación errada de los culpables que no hay razones para señalar, sin pruebas, desorientando a la opinión pública, e induciéndole a error, hacia un enemigo de su fantasía, abriendo una nueva fuente de odio contra presuntos culpables; porque el público trata inmediatamente de materializar el autor del hecho y llega a señalar el más propicio. Además esto ayudaría a descuidar normas más seguras que habrá que adoptar en el futuro para la seguridad de los fieles que acuden en tan crecido número a actos de tan ejemplar piedad.

Esto no descarta ninguna posibilidad, al contrario; pero se necesitarán algunas pruebas más consistentes.